

JORGE EDUARDO ARELLANO

PENSAMIENTO, ESCRITURA Y MITICIDAD DE SANDINO

Toda la América Latina vibró de entusiasmo al ver la tenaz resistencia del guerrillero nicaragüense, y se adhirió a él. Augusto C. Sandino representaba no solo lo visible, sino lo invisible de nuestra alma: en él se concentraban el rencor colectivo contra la dura penetración imperialista, el chafado orgullo del criollo ante el invasor rubio, en suma, lo más cernido de nuestra beligerancia. Igual repercutía su nombre en la pampa peruana que en la sierra mexicana, en la puna de Bolivia que en el litoral peruano. En su loor encendieron sus lámparas los mejores poetas y escritores desde Río Grande hasta Patagonia...

¿Existe América Latina?, Luis Alberto Sánchez, 1945

El nicaragüense Augusto C. Sandino (Niquinohomo, Masaya, 18 de mayo, 1895-Managua, 21 de febrero, 1934) asumió una actitud autonomista frente a la intrusión política, militar y económica de los Estados Unidos en su país. Desde la región montañosa de las Segovias, en el norte de Nicaragua, le siguieron centenares de campesinos y mineros, propietarios medianos, intelectuales de clase media y numerosos artesanos. Así, además de concebir y llevar a cabo por vez primera la moderna guerra de guerrillas como estrategia política en América Latina, postuló una variante

del Nacionalismo de «Patria Grande» —predicado en sus escritos por Manuel Ugarte, posteriormente intelectual orgánico del peronismo argentino—, que renovaba la idea de una unión latinoamericana: «El año 2000 nos encontrará unidos o dominados».

Pues bien, la variante de Sandino fue el nacionalismo antimperialista, expuesto con lucidez en su primer escrito mayor: «Plan de realización del Supremo Sueño de Bolívar» (El Chipotón, 20 de marzo, 1929). Es decir, con su lucha respondía —como su paisano Rubén Darío— a la premisa del maestro uruguayo José Enrique Rodó: «Sólo son grandes en América aquellos que han desenvuelto, por la palabra o por la acción, un sentimiento americano». Y si nuestro Rubén es la palabra, Augusto C. Sandino es la acción. Y no un simple guerrillero, sino el héroe por antonomasia de Nicaragua y una de las figuras míticas de la historia latinoamericana del siglo XX.

Cabe aclarar, sin embargo, que estoy exento sandinolatría —de esa ciega o fanática veneración por la figura aquí analizada— con el fin de aproximarse a ella, ejecutando una prospección en su apasionada personalidad política. No en vano todavía suscita en su patria, a la que amó como nadie, opiniones encontradas. Pero estas páginas, naturalmente, no comparten posiciones extremas. Ni las idealizaciones desmesuradas («nuestro Páez, nuestro Morelos, nuestro Artigas», según la chilena Gabriela Mistral) ni las impresiones subjetivas («tenía mucho de Trotsky y algo del de Asís», en palabras del peruano Esteban Pavletich), ni los caricaturescos reduccionismos.

El presidente de México Emilio Portes Gil (1928-1930) trazó esta brevísima semblanza del guerrillero de nuestra América:

«Personalmente, Sandino era un hombre todo energía, todo valor, todo desinterés. Pequeño y raquítico de cuerpo, pero grande en espíritu, sus sueños eran amplios como los de todo visionario hispanoamericano. Quería redimir a su patria y pensaba en unir a todas las Repúblicas del Centro y del Sur del Continente, en un fuerte bloque que sirviera de valladar a la amenaza de una absorción extranjera. Sueño grande, sin duda, pero difícil de realizar. Sin embargo, Sandino demostró, contra el sacrificio de cinco años de lucha cruenta, que su ideal era sincero, noble, generoso en grado sumo. Cuando cayó, acribillado por las balas, quedó definitivamente consagrado por la historia, como un patriota sin tacha, que ofreció su vida en aras de un pueblo que, para su desventura, no supo comprenderlo». (Portes Gil, 1962)

Un hombre de acción: visión de conjunto

Augusto C. Sandino, reconocido como uno de los actores políticos y militares representativos de su tiempo, encabezó una enconada resistencia a la intervención militar de los Estados Unidos casi durante seis años: entre mayo de 1927 y diciembre de 1932. El 4 de mayo del primer año se había producido el pacto Stimson-Moncada —por el cual concluyó la guerra civil entre liberales y conservadores— impuesto por Henry L. Stimson, representante personal del presidente Calvin Coolidge (1923-1929), a José María Moncada, jefe de las fuerzas liberales. Pero Sandino lo rechazó, y se internó en las Segovias, Nicaragua, para realzarse en armas mientras durase en su país la presencia de las tropas extranjeras. Con su actitud —dijo— «Nicaragua probó ante el mundo que su honor nacional no se humilla; que le quedan todavía hijos que ofrendarán su sangre para lavar las manchas que sobre ella pueden echar los traidores» (Sandino, cit. por Díaz Lacayo, 1996: 36). Estaba decidido, pues, a expiar la conciencia colectiva de culpa

que fuera de su patria le atribuían, en general, a los nicaragüenses desde 1912, cuando se consolidó la oligarquía conservadora bajo la égida de los Estados Unidos, tras liquidar la primera resistencia antiimperialista asumida por el general Benjamín Zeledón (1879-1912), cuyo destino trágico marcó a Sandino cuando éste tenía diecisiete años (Selser, 1980: 11-12).

Nacido en el pueblo de Niquinohomo, en la zona suroccidental del país, el 18 de mayo de 1895, era hijo ilegítimo pero reconocido de un mediano hacendado y de una doméstica; aún niño, se incorporó a la familia de su padre, cuyo haber acrecentaría al dedicarse al comercio de granos en la región. En 1921 ya era un *joven honrado y de buenos modales* (*La Noticia*, 24 de junio, 1921). Mas un incidente con otro joven comerciante de filiación conservadora —al que hirió en una pierna— lo llevó a buscar fortuna como trabajador emigrante en la Costa Caribe de Nicaragua, Honduras, Guatemala y México, así terminó el 17 de agosto de 1925 como empleado de la Huasteca Petroleum Co., en Cerro Azul, Veracruz, con un sueldo de cinco pesos diarios. El 1 de septiembre fue ascendido a expendedor de gasolina, ganaba seis. Para sus patronos estadounidenses, era «laborioso, sobrio, aparentemente de buen carácter» (Macaulay, 1970: 64). De 30 años, medía 5 pies y 5 pulgadas y su peso era 134 libras. El oficio de tornero mecánico constituía su especialidad.

Pero México significó, para él, mucho más que una experiencia laboral. Era una tierra «sagrada y amada», como la calificara el 30 de junio de 1929. Allí había madurado como hombre y aprehendido, entre 1923 y 1926, novedosas ideas a través de la lectura y la relación personal. Se familiarizó entonces con la visión continental de José Vasconcelos [el Ministro de Educación del gobierno de Álvaro Obregón (1920-1924)] y su raza cósmica,

sustentada en el mestizaje como herencia cultural española; con el sindicalismo desarrollado en los campos petroleros que lo condujo a compartir principios del socialismo libertario y con la teosofía. Su último maestro espiritual o espiritista, para satisfacer su ansiosa búsqueda religiosa, había sido Justino Barbiaux (Sandino, cit., por Ghiraldo, 1929: 168).

Los acontecimientos de su país —un alzamiento liberal en Bluefields contra el caudillo conservador Emiliano Chamorro que gobernaba de facto, a raíz de un *coup d'état* al gobierno legalmente constituido— lo condujeron a renunciar a su cargo de expendededor de gasolina el 9 de mayo de 1926. Ese mismo año se incorporaba, como jefe de una columna, al Ejército Constitucionalista bajo el mando de José María Moncada (1870-1945), a quien auxilió antes que rindiera las armas frente a la amenaza del uso de la fuerza estadounidense. Ésta comprendió —entre marzo de 1927 y abril de 1928— 5500 hombres, entre soldados y oficiales, 18 aviones de bombardeo, un avión espía y 36 naves de guerra (portaaviones, cruceros, destructores y lanchas cañoneras) al mando del general Logand Feland (Metcalf, 1939: 424-425).

El 16 de julio de 1927 atacó la ciudad de Ocotal y fue repelido por el primer bombardeo aéreo, en escuadrillas y en picada, de la historia, antes que el vulgo atribuyera a la Luftwaffe nazi esa novedad (Macaulay, 1970: 100). Dicha batalla le sirvió a Sandino para cambiar de táctica e iniciar la guerra de guerrillas.

En realidad, mucho fue lo que aprendimos del combate de Ocotal; primero, y lo más importante de todo, siempre situarse del honor y la justicia, lo que sustenta el espíritu y lo hace invencible; segundo, que la invencibilidad de los marinos era puro mito; tercero, que la participación de la aviación militar en nuestra con-

tra introducía un elemento de sorpresa que sería difícil esquivar; y en cuarto lugar, aprendimos el inmenso valor de la publicidad en cuanto a opinión mundial y nos convencimos de que nuestro principal objetivo debería ser el de prolongar la lucha de protesta el mayor tiempo posible, pues en realidad desde ese punto de vista no importa tanto el que se gane una batalla, cuanto el librarla y publicitarla. (Sandino, cit., por Román, 1983: 79).

El 7 de enero de 1929, a raíz de haber supervigilado las elecciones del 4 de noviembre de 1928, el Departamento de Marina de los Estados Unidos pudo ordenar la retirada de 1194 hombres y 38 oficiales del cuerpo expedicionario, quedaron 3300 hombres y 231 oficiales (Toynbee, 2003: 96).

Sandino se opuso a dichas elecciones que llevaron a la presidencia de la República a Moncada, y permaneció un año en México solicitando al gobierno de ese país apoyo material para su causa sin obtenerlo. Al reanudar la lucha, fue herido por un chernel de bomba lanzada desde un avión en el combate de Zaraguasca el 19 de junio de 1930. Y firmó un acuerdo de paz el 2 de febrero de 1933, a un mes de abandonar los marinos yanquis el territorio nicaragüense, en parte por las consecuencias de la crisis mundial del capitalismo —el *crack* en 1929 de la Bolsa de Nueva York— y al advenimiento de la política del Buen Vecino de Franklin D. Roosevelt, y en parte también por su protesta armada. Entonces ejercía la presidencia Juan B. Sacasa, ganador de otra elección supervigilada por Estados Unidos el 6 de noviembre de 1932, quien suscribió dicho acuerdo con Sandino y un representante de cada uno de los partidos tradicionales: el conservador y el liberal nacionalista.

Su Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua (EDSNN) entregó las armas. Disueltos, sus miembros se dedicaron

—autorizados y financiados por el gobierno— a llevar a cabo un proyecto de cooperativas agrícolas en la cuenca del río Coco, para lo cual disponía de un Resguardo de Emergencia de 100 hombres armados. Además, el EDSNN había sufrido más de mil muertos en 510 combates frente a la Guardia Nacional (GN), oficializada el 22 de diciembre de 1927 entre los gobiernos de Estados Unidos y Nicaragua, y dirigida sucesivamente por cinco oficiales estadounidenses: Rhea, Pierce, Beadle, McDougal, Matthews, más el interino Smith. Por su lado, sus contrincantes sólo perdieron 122 hombres: 47 marines y 75 guardias nacionales (USMC, 1963: 173).¹

Pero el 1 de enero de 1933 había asumido el cargo de Jefe Director de la GN el nicaragüense Anastasio Somoza García (1896-1956), hombre de confianza de los interventores, sobrino político de Sacasa y primo en cuarto grado de Moncada, quien el 21 de febrero de 1934 perpetraría el asesinato de Sandino con el apoyo de su Estado Mayor. Días después, la Sección Central de la «Cooperativa Río Coco» era arrasada a sangre y fuego por la misma GN que, desde entonces, se constituiría en el único poder real de la república y, por tanto, en el eje de su política.

Inmediatamente, el presidente Sacasa condenó y ordenó una investigación del crimen sin resultado alguno (Sacasa, 1946: 34). El 12 de marzo —siempre de 1934— el padre de Sandino se vio obligado a exiliarse en El Salvador. El 3 de junio Somoza García, en un banquete en el Club Social de Granada —baluarte del conservatismo— aceptó la responsabilidad del hecho:

1 Exactamente, las bajas estadounidenses sumaron 136 muertos y 66 heridos en combate, es decir, 202 (Cummins, 1983: 107 y 181). De los 136, 32 murieron en la línea de fuego, 15 de heridas recibidas, 11 fueron asesinados —cinco de ellos por guardias nacionales—, 48 perecieron en accidentes, 12 se suicidaron, 1 fue muerto a tiros al resistirse cuando iba a ser arrestado, y 24 fallecieron de enfermedades (Macaulay, 1970: 319-320).

«La muerte de Sandino era por el bien del país. Sandino no murió en el campo de batalla por la magnanimidad del presidente Sacasa, quien le dio todo el apoyo y un año de gracia para entregar las armas pacíficamente. Bajo esta protección, Sandino conspiró contra el gobierno para derrocar a Sacasa declarándose a sí mismo presidente. Por mi parte, asumo toda la responsabilidad en conexión con este asunto».

Esta declaración fue precedida por otra de Moncada: «Fue patriotismo puro dar muerte a Sandino» (Moncada, cit., por Arellano, 2010). Y el 18 de diciembre del mismo año el Congreso Nacional aprobó un decreto de amnistía para todo aquel que hubiese cometido cualquier delito político desde el 16 de febrero de 1933 hasta la fecha (Arellano, 2010).

Opiniones muy distintas emitieron en los Estados Unidos sobre Sandino, entre ellas la del padre del sargento John Hemphill, de Terguson, Missouri, caído en Las Segovias; y la del miembro del USMC Richard Maurice Hutchoson. Si el primero manifestó al presidente Coolidge que Sandino luchaba por la independencia de Nicaragua, el segundo remitió una carta de condolencia a don Gregorio, fechada en Baltimore, Maryland, el 24 de febrero de 1934. Tras enterarse de la muerte de Augusto C. Sandino y de su hermano Sócrates, Hutchoson manifestó sus más sinceras simpatías por la gesta del indohispano: «Aunque el general fue calificado como un “bandolero” por sus mismos compatriotas —expresaba—, su habilidad de soldado fue grandemente admirada por los marines americanos que guerreamos contra él. La república de Nicaragua ha perdido un potente líder, un soldado y un patriota. Que su nombre viva por siempre en el corazón de sus conciudadanos», concluía Hutchoson (Arellano, 2010).

Marco histórico e ideas

Tal es, en comprimida síntesis, la trayectoria de Augusto C. Sandino, cuya acción y proyección a finales de los años veinte y principios de los treinta del siglo pasado —al mismo tiempo que sus ideas— operaron en un marco histórico conformado por dos elementos. El primero: la ideología liberal burguesa del régimen progresista de José Santos Zelaya (1893-1909) —truncado por la intervención estadounidense—, de la que Sandino fue continuador. Respondiendo al desarrollo capitalista de Nicaragua, impulsado por la fracción de la clase dominante que operaba en torno del mismo Zelaya, esta ideología terminó de fortalecer la incipiente conciencia nacional surgida en la segunda mitad del siglo XIX como producto de la consolidación republicana de los «Treinta años»; es decir, de 1863 a 1893. Y el segundo: la expansión del capital monopolista de los Estados Unidos y su protección geoestratégica en Nicaragua, manifestada en las intervenciones u ocupaciones militares del USMC entre 1912-25 y en 1926, a raíz de la guerra civil de ese año. Estos tres fenómenos —expansión, protección e intervención— desencadenaron un potencial de resistencia nacional contenida en la misma incorporación de Nicaragua al capitalismo mundial.

En cuanto a la conformación de su pensamiento inorgánico, Sandino asimiló las corrientes de su época. En primer lugar, la red impulsada por los políticos e intelectuales latinoamericanos que integraron, entre otros, el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979), nacido en el mismo año que el nicaragüense; el mexicano José Vasconcelos (1882-1959) y el argentino Manuel Ugarte (1874-1951). Haya de la Torre, con su *Indoamérica* y su *indoamericanismo*, resultó clave para la creación del indohispanismo, orientado a reconocer equilibradamente el mestizaje como factor de identidad («la raza indohispana»). En Vasconcelos, Sandino advirtió la tra-

dición bolivariana, enfrentada con el monroísmo, para postular su proyecto de unidad latinoamericana y en Ugarte «la postura crítica al capitalismo extranjero y, de la mano de [José Enrique] Rodó, el temor de Calibán» (*El porvenir de América Latina*, 1910). Al mismo tiempo, compartió la fórmula de Ugarte lanzada en 1921: «América Latina para los latinoamericanos». Sin embargo, fue el aprismo de Haya de la Torre —extendido por toda Centroamérica y parte del Caribe— la corriente ideológica que más permeó el talante de Sandino. En efecto, los cinco puntos de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), fundada el 7 de mayo de 1924, incidieron en su pensamiento: 1. Acción contra el imperialismo norteamericano, luego ampliado contra todo imperialismo; 2. Obsesión por la unidad de América Latina; 3. Nacionalización de las principales riquezas y tierras; 4. Internacionalización del canal de Panamá (Sandino aplicó este principio al de Nicaragua, cuya opción de construirlo había sido vendida a los Estados Unidos desde 1914) y 5. Solidaridad con todos los pueblos oprimidos del mundo (Sánchez, 1999).

En relación con el primer punto del APRA, el peruano Luis Alberto Sánchez puntualizó que Sandino no tenía entre sus miras «librarse del imperialismo yanqui para entregarse al imperialismo ruso». El militante e intelectual aprista, sin duda, estaba enterado de que los cinco elementos programáticos referidos fueron plasmados en la concepción sandinista de la NACIONALIDAD LATINOAMERICANA (en mayúsculas). «Consideramos impostergable, más aún, inaplazable, la alianza de nuestros Estados Latinoamericanos para mantener incólume su independencia frente a las pretensiones del imperialismo de los Estados Unidos de Norteamérica, o frente al de cualquier otra potencia a cuyos intereses se nos pretenda someter» (Sandino, 1980: 77).

Al respecto, es oportuno referir que Sandino eligió —en el punto 43 de su referido «Plan para la realización del Supremo Sueño de Bolívar»— el lema vasconceliano «Por mi raza hablará el espíritu» para el de su proyecto utopista de la Nacionalidad Latinoamericana. Al mismo tiempo, agradeció a Ugarte y a Haya de la Torre el estímulo «por su brava labor periodística» a su favor en *El Diario de Yucatán* el 29 de enero de 1930 (Villanueva, 1988: 213).

El sindicalismo de raigambre socialista que había vivido y absorbido durante sus formativos años en México, el cooperativismo anarquista vasco que le planteó Ramón de Belausteguigoitia en el libro *Reparto de tierras y problema nacional* (1933) —inspirador de su proyecto socioeconómico de carácter utópico—, más el teosofismo de Joaquín Trincado (1885-1935), que cohesionó sus ideas, fueron las otras corrientes percibidas en sus escritos. Con la *Filosofía austera racional* de Trincado, español formado en Bélgica y establecido en Buenos Aires, Sandino realizaría una interpretación profética del destino social del hombre, aplicándola a su lucha. En otras palabras, a través de esa experiencia teosófica, concretada en la «Escuela Magnética Espiritual de la Comuna Universal» (Emecu), elaboró su propia filosofía política.

Esta filosofía la redujo a las siguientes premisas: la Justicia («única hija del Amor», fuerza superior a uno mismo y a todas las otras del Universo) no se compagina con el desarrollo de la historia, con las formas de explotación y la lucha de clases («el antagonismo de los hombres» denomina a ese proceso), por lo que surge la injusticia. Ahora bien, la injusticia la ve en los poderosos, especialmente en el imperialismo y en su intervención neocolonialista, apoyada por los grupos dominantes de su país; hecho que le plantea su destrucción. Y esta destrucción la encabezaría él, representando a los débiles u oprimidos, quienes no poseen

las armas, el saber y la riqueza, pero conservan óptimos recursos espirituales para organizarse, armarse e instaurar la Justicia (Arellano, 1984).

Análisis de su escritura

Pasando a su escritura, cabe analizar brevísimamente alguno de sus numerosos textos (acuerdos, anécdotas, artículos, cartas, circulares, comentarios, comunicados, decretos, juramentos, manifiestos, mensajes, pautas, poemas, proclamas, órdenes y sentencias, aparte de media docena de ensayos), especialmente los fundamentales. El mesianismo guiaba su acción libertaria. «Tenga usted presente y los demás hermanos también, de que soy nada más que un instrumento de la justicia divina para redimir a este pueblo», comunicaba Sandino en su «Carta al general Pedro Altamirano», el 2 de enero de 1930 (Sandino, 1988: 291). *Nuestra inspiración es la Justicia Divina*, afirmaba en otro documento del 20 de noviembre del mismo año. *Hemos sido en Nicaragua los escogidos de la Justicia Divina a principiar el juicio de la injusticia sobre la tierra*, confesaba en otro del 15 de febrero de 1931.

Asimismo, su ira se correspondía con un sentimiento de altivo desprecio hacia los sujetos que combatía; de ahí, su capacidad para la fustigación y la injuria. Para él, conservadores y liberales eran una *bola de canallas, cobardes y traidores, incapaces de dirigir a un pueblo patriota y valeroso* («Manifiesto...» del 1 de julio de 1924). Sus excorreligionarios eran *cobardes liberales moncadistas*. A los conservadores, además del persistente *vendepatrias*, los calificaba con sus apodos tradicionales: *cachos* y *cachurecos*, o se refería a ellos como *desvergonzados sicarios, degenerados traidores, oligarcas* y *menguados*; y al gobierno de Adolfo Díaz lo llamaba *espurio*, y al propio

Díaz *miserable*. Moncada no era sino *cobarde, traidor reconocido, renegado, caudillo patricida, bandido, hipócrita e imbécil*; Sacasa, un *pelele*; y los políticos de oficio, en ambos bandos, *serviles, aduladores que viven de la piltrafa que el amo les arroja y turiferarios del poder yankee*.

En cuanto al gobierno de Estados Unidos, les merecía a Sandino el concepto de *miserable invasor* y sus *marines* las expresiones: *criminales invasores yanquis, asesinos de nuestros pueblos, peores enemigos de nuestros pueblos, invasores* o simplemente *machos*, como los denominaba el pueblo nicaragüense. Otros sustantivos y adjetivos aplicados a ellos eran *aventureros morfinómanos, gleba de morfinómanos, bucaneros, filibusteros, punitivos nórdicos* (o viceversa), *hipócritas piratas que con sus asquerosas botas mancillan la autonomía de nuestra patria, piratas, piratas rubios, bestias rubias, bestias humanas y salvajes del Norte*. En concreto, a G. D. Hatfield, capitán del cuerpo de Marina y comandante de Nueva Segovia, que le conminó a rendirse, le respondió que era un *invasor americano y un miserable lacayo de Wall Street*. Sólo una vez, en el parte de un combate en el río Coco, llamó a sus enemigos *infantes de marina*.

Por su parte, a los guardias nacionales los tildaba de una manera no menos virulenta: *perros traidores*. Sus hombres los trataban sólo de *perros* y de *lambelatas* (de *lamber*: lamer; servilizarse, humillarse, envilecerse). En contraposición al trato verbal que les daba a los miembros de los partidos —para él estos no eran sino *partidas* y aquellos *presupuestívoros*— y a los representantes del poder imperial de los Estados Unidos, Sandino reconocía con los epítetos más positivos a los de su fuerza armada. Basta citar que aludió a ellos como *hijos legítimos de Nicaragua, centenares de bravos y hombres libres que hemos permanecido fieles a los principios del Partido Liberal*, respectivamente, en documentos del 23 de enero, 10 de julio y 1 de agosto de 1928.

En la construcción de su discurso, Sandino se satura de convicciones y la medular —o motivación fundamental de su causa— es la siguiente:

«Viendo que los Estados de Norte América, con el único derecho que da la fuerza bruta, pretenden privarnos de nuestra Patria y de nuestra Libertad, he aceptado su reto injustificado que tiende a dar en tierra con nuestra soberanía, echando sobre mis actos la responsabilidad ante la Historia. Permanecer inactivo o indiferente, como la mayoría de mis conciudadanos, sería sumarme a la grosera muchedumbre de mercaderes patricidas. Así, mis actos de justificarán, ya que mi idea campea en un amplio horizonte de internacionalismo. Amo la justicia y voy por ella al sacrificio. Los tesoros materiales no ejercen ningún poder en mi persona; los tesoros que anhelo posee son espirituales» (Sandino, cit., por Ghiraldo, 1929: 170).

He aquí a Sandino, autorretratado en un párrafo de los miles que su resistencia le obligó a expresar; párrafo cargado de pronombres personales y posesivos que revelan un yo o ego exaltado de pasión, coraje y patriotismo, pues renuncia a ser *patricida*, vocablo recurrente en sus escritos. Las referencias a sí mismo serán reiterativas, producto indudablemente de una firme autoestima. De tal manera que hablará de «mi temperamento», «mis montañas», «mi espada», «mi idealismo», «mi mayor honra». Emitirá consignas a partir del primer pronombre personal: «Yo no me vendo ni me rindo», «Yo quiero patria libre o morir». Suscribirá frases autorreferenciales: «Mi martillo repercute en el yunque a larga distancia», «Yo soy hijo de Bolívar». O, en tercera persona, hará significativas autodenominaciones («No habrá poder humano que haga claudicar a Sandino», «Para los imperialistas yankees es más fácil vencer a una potencia militar que a Sandino y sus columnas», «Sandino es indohispano y no tiene fronteras»). En el

fondo, estaba convencido de poseer una «glándula de latinoamericanitis aguda», como lo admitió en carta del 26 de septiembre de 1929 (Sandino, 1988: 261).

Antimperialismo

Por tanto, Sandino no sólo era un hombre de principios: aquellos que manifestaban fundamentalmente la razón de su lucha. A saber, honradez ciudadana, desinterés personal, dignidad patriótica, deber sagrado, derecho de los débiles y honor nacional (Aleman Bolaños, 1952: 71-72, 89); también lo era de pensamiento. Y su aporte a la historia de las ideas en América Latina es significativo. Quizá esta afirmación, a los ojos de no pocos malinformados, podría parecer exagerada; pero no es así. A pesar de que nunca se dedicó exclusivamente al ejercicio intelectual, Sandino llegaría a formular un pensamiento coherente de su país, relativo a su *mismidad*. Nicaragua ha producido pensadores, algunos sólidos y respetables; mas nadie, hasta Sandino, había reflexionado tan espontánea y directamente sobre nuestra patria como él. Por eso resulta uno de los creadores imaginarios de la nacionalidad nicaragüense (Arellano, 1985: 5).

En esta creación, su pensamiento no se encerró dentro de los límites patrios; todo lo contrario, al constituir una de las respuestas ideológicas a la política de dominación de los Estados Unidos, se enmarcó en un contexto internacional. Históricamente, su aporte se ubica tras el de la generación modernista, representada por el cubano José Martí (1853-1895), el uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917) y el centroamericano Rubén Darío (1867-1916), se inscribe así en una notable tradición de figuras latinoamericanas iniciadas por Simón Bolívar (1783-1830).

Aludo a los hombres representativos de América Latina que, desde las primeras décadas del siglo XIX, proyectaron cinco imágenes distintas ante los Estados Unidos, constituyendo igualmente etapas definidas. Primera, la simpatía inicial de los precursores y próceres independentistas ante la poderosa nación. Segunda, el subsiguiente rechazo de sus agresiones en los intentos de unificación y confederación, realizados entre 1828 y 1864, de nuestras nacientes repúblicas. Tercera, el proyecto de las últimas —dirigidas por representantes de la burguesía criolla— de crear en sus respectivas sociedades economías de tipo capitalistas progresistas, tomando como modelo la estadounidense. Cuarta, la crítica a los Estados Unidos y a su civilización anglosajona de nuestros escritores modernistas —Martí, Darío, Rodó— que reconocían y exaltaban los valores de la civilización latina. Y, quinta, la concepción moderna que utiliza la explicación teórica del imperialismo como definitoria de la actitud estadounidense respecto de nuestros pueblos, conquistada a través del pensamiento socialista (Rama, 1975).

No obstante, entre la cuarta y la quinta etapas —compartiendo las orientaciones de ambas—, surgió una promoción intermedia. Una de sus figuras políticas principales fue Sandino. Pues bien, éste expresó, durante los años de su lucha, un pensamiento que explicaba clara y sólidamente la misma, no sin asimilar —como ya se indicó— la influencia del argentino Manuel Ugarte y del mexicano José Vasconcelos, por citar otras dos figuras pertenecientes a la referida promoción. Más aún, los escritos de ambas personalidades contribuyeron, con los de otros muchos, a madurar intelectualmente al guerrillero, autodidacta de voluntad enérgica e ineludible que había absorbido las ideas del sindicalismo mexicano y devoraba cuanta materia social y política llegaba a sus manos.

Sin embargo, las ideas políticas le brotaban, en principio, de su exacerbado antimperialismo. A partir de esta actitud de su lucha es que debe interpretarse todo su pensamiento. Como lo demostró en un documento bastante desconocido «Mensaje al Congreso Anti-imperialista reunido en Frankfurt». Sandino tenía plena conciencia histórica de la dominación estadounidense en Nicaragua: «No reconoce el pueblo nicaragüense como gobiernos constitucionales a ninguno de los que ha escalado el poder en nuestro país desde 1909 hasta el presente —escribía en ese documento de 1929—, puesto que esos gobiernos han llegado al poder apoyados por las bayonetas del imperialismo de los Estados Unidos del Norte» (Sandino, 1980: 57-58). Mas no se dejaba llevar por la generalización, pues reconocía el paréntesis nacionalista de Bartolomé Martínez, ajeno a los intereses de la oligarquía conservadora y llegado al poder a raíz de la muerte del presidente Diego Manuel Chamorro, de quien era vicepresidente. Para Sandino, don Bartolomé «respetó el sufragio libre entregando el poder a los señores Carlos Solórzano y Juan Bautista Sacasa, presidente y vicepresidente electos en 1924». Y agregó «...por ello lo juzgamos entre los pundonorosos y dignos de la estimación de sus conciudadanos» (Sandino, 1980: 58).

La misma conciencia refleja Sandino en su citado *Manifiesto a los pueblos de la Tierra y en particular al de Nicaragua* (1933), donde magnifica el nacionalismo progresista del general José Santos Zelaya («Zelaya —señaló— fue uno de los mejores gobernantes que ha tenido Nicaragua en cuanto a progreso y patriotismo») y el heroico del general Benjamín F. Zeledón, «invicto y glorioso», según sus propios adjetivos (Sandino, 1933: 2).

Su idea del antimperialismo la sustentaba en la razón y en el derecho. Así denunció que el imperialismo yanqui costaba «a la nación

nicaragüense alrededor de cuarenta mil vidas humanas de ambos sexos y más de cien millones de córdobas» (Sandino, 1980: 49-50). Parte esa denuncia la constituían también el financiamiento de los banqueros del Wall Street a Adolfo Díaz para armar la rebelión conservadora de 1909, la imposición de empréstitos y el interés de los estadounidenses por construir el canal de Nicaragua exclusivamente para ellos.

Conocía, pues, profundamente la realidad histórica de Nicaragua. Pero, asimismo, no ignoraba la de América Latina en su conjunto. Sandino, en 1929, detalló su conocimiento de ésta a través de la condición neocolonial con que la presencia económica de los Estados Unidos sometía a nuestras repúblicas. En concreto, interpretaba esta presencia de una forma no muy diferente a la de Vladimir Illich. «Hondamente convencidos como estamos —escribía el 20 de marzo del año referido— de que el capitalismo norteamericano ha llegado a la última etapa de su desarrollo, transformándose, como consecuencia, en imperialismo y que ya no atiende a teorías de derecho y de justicia pasando sin respeto alguno por sobre los inmovibles principios de Independencia de las fracciones de la NACIONALIDAD LATINOAMERICANA, consideramos indispensable, más aún incólume, esa independencia frente a las pretensiones de los Estados Unidos de Norteamérica... » (Sandino, 1980: 77). Es decir, Sandino utilizó la concepción teórica del imperialismo, propia de los representantes de la quinta etapa ya señalada.

La interpretación que hacía Sandino del imperialismo yanqui, por consiguiente, se basaba en hechos reales, de carácter político y económico; pero también en un hecho de carácter «jurídico» internacional: la doctrina Monroe. De ahí que pidiera en varias ocasiones su anulación para los países hispanoamericanos,

a los que extendía de facto, y que la interpretara desde su punto de vista, que era el de toda América Latina: «Estamos en pleno siglo XX —aclaraba— y la época ha llegado a probar al mundo entero que los yankees hasta hoy pudieron tener tergiversada la frase de su lema. Hablando de la doctrina Monroe, dice “América para los americanos”. Bueno: está dicho. Todos los que nacemos en América somos americanos. La equivocación que han tenido los imperialistas es que han interpretado la doctrina Monroe así: “América para los yankees”. Ahora bien: para que las bestias rubias no continúen engañadas, yo reformo la frase en los términos siguientes: los Estados Unidos de Norte América para los yankees. La América Latina para los indolatinos» (Sandino, cit., por Selser, II, 1960: 24).

Una de sus ideas políticas trascendentales —cuya posibilidad efectiva de proclamarla sólo él la ha tenido entre los nicaragüenses, fue el único que la ha expresado— fue la integración de una alianza latinoamericana como paso previo para una futura confederación; otra, el indohispanismo. Esta era una concepción idealista, surgida a partir de la crítica de los modernistas que, tomándola de los numerosos escritos que leía en los campamentos de Las Segovias, le ayudó a fundamentar teóricamente su lucha, para oponerla al imperialismo de los Estados Unidos.

Latinoamericanismo

Pero el aporte más original del pensamiento de Sandino lo constituye su primer escrito mayor: el ya citado «Plan de realización del Supremo Sueño de Bolívar», difundido en varias revistas de prestigio y en una antología iberoamericana (Buelas Lamas, 1993: 47-62). Síntesis de su pensamiento latinoamericanista, esta pro-

puesta doxológica desarrolla la idea de construir una «nacionalidad [continental] latinoamericana» que en junio del mismo año se complementaría con la sugerencia de celebrar una conferencia en Buenos Aires de todos los representantes de la América Indo-latina Continental y Antillana. Aún en julio de 1933 seguía con ese propósito y la consideraba doctrina esencial de su causa (Sandino, cit., por Arellano, 1984: 4).

Consciente de las objetivas limitaciones que suponía la unificación de los países americanos de origen latino, Sandino no postuló una confederación, sino una «alianza» latinoamericana que comprendía la abolición de la doctrina Monroe —instrumento pragmático de la dominación imperialista norteamericana— y la creación de una sola nacionalidad denominada «nacionalidad latinoamericana»; la constitución de una «Corte de Justicia latinoamericana», órgano supranacional, con presidencia rotativa, que resolviese los problemas entre los estados miembros; la creación de un ejército de «ciudadanos pertenecientes a la clase estudiantil» y la de un «Comité de Banqueros Latinoamericanos», encargado de cancelar contratos entre Estados de América Latina y los Estados Unidos, especialmente los relativos a la construcción de obras materiales y vías de comunicación.

Entre ellas, sobresalía la construcción del Canal interoceánico por Nicaragua, siempre viva en las ideas de Sandino, quien la reservaba a la «nacionalidad latinoamericana»; además, este proyecto contempló la unificación de tarifas aduanales, el intercambio «metódico» de estudiantes de ciencias económicas y sociales, más el fomento el turismo latinoamericano (Sandino, 1980: 89-90).

Todo el «Plan de realización del Supremo Sueño de Bolívar» no era sino la culminación de su pensamiento latinoamericanista.

«Somos 90 millones de hispanoamericanos —insistía en una carta del 4 de agosto de 1928— y sólo debemos pensar en nuestra unificación y comprender que el imperialismo yanqui es el más brutal enemigo que nos amenaza y el único que está propuesto a terminar por medio de la conquista con nuestro honor racial y con la libertad de nuestro pueblo» (Sandino, cit., por Selser, I, 1960: 3).

El pensamiento de Sandino abarcó la exaltación de los próceres y héroes latinoamericanos. Así, aconsejaba a los gobernantes de América Latina en la carta del 7 de agosto de 1928: «Los hombres dignos de la América Latina deben imitar a Bolívar, Hidalgo y San Martín, y a los niños mexicanos que el 13 de septiembre de 1849 cayeron acribillados por las balas yanquis en Chapultepec, y sucumbieron en defensa de la patria y de la raza, antes de aceptar una vida llena de oprobios y de vergüenza en que nos quiere sumir el imperialismo yanqui» (Sandino, cit., por Selser, II, 1960: 3).

Y en otra anterior, del 6 de febrero del mismo año, ejemplificaba esa amenaza con los graves problemas causados por «las bestias rubias» —son sus vocablos exactos— que impedían su resolución: la cuestión de límites entre Guatemala y Honduras, y entre Honduras y Nicaragua, el asunto canalero entre Nicaragua y Costa Rica; la cuestión del golfo de Fonseca entre El Salvador, Honduras y Nicaragua; la cuestión de Tacna entre Perú y Chile.

Bolivarismo

«Ah Napoleón —opinaba Sandino con su acostumbrada convicción—. Fue una inmensa fuerza, pero no hubo en él más que egoísmo. Muchas veces he empezado a leer su vida y he tirado el libro. En cambio, la vida de Bolívar siempre me ha emocionado y me ha

hecho llorar» (Sandino, cit., por Belausteguigoitia, 1934: 174). El Libertador, ni más ni menos, encarnaba el grado más alto de su ideal latinoamericanista. ¿Por qué?

Porque hay una vinculación directa —un histórico «hilo de Ariadna»— entre ambos. En efecto, el centroamericano se empeñó en sostener y demostrar que la independencia por la que había luchado Bolívar fuese mantenida a cualquier costo, al margen de la colosal fortaleza de la potencia amenazadora y de las desventajas de la pelea por defenderla. Y que, al desarrollar esa lucha, las fronteras de América Latina quedaban abolidas, por ser la amenaza de la independencia de uno de estos pueblos amenaza para todos. «Sandino basó la solidaridad continental —señaló Salomón de la Selva— sobre la comunidad de aspiración a la libertad y de determinación de mantenerla» (De la Selva, 1934).

Esto explica algo más importante: la necesidad de exigir a los Estados Unidos una frontera digna con América Latina. «Necesitamos conocernos —expresó al pueblo norteamericano en febrero de 1933— para que nuestra vida continental sea de cooperación. Los pueblos hispanoamericanos y los del norte deben ser como hermanos... Repito, como hermanos, pero que ninguno quiera atentar contra la independencia del otro» (Sandino, cit., por Calderón Ramírez, 1934: 87).

La presencia del Libertador, en resumen, era una realidad viva en la propia conciencia de Sandino. En su comentario, al artículo «El romanticismo de la solidaridad hispanoamericana», aparecido en el *Diario de Yucatán*, de Carlos R. Menéndez, se refirió a *nuestro invicto Bolívar*. Ahí reiteró que la alianza de los pueblos de América Latina era necesaria para el mantenimiento de la soberanía de cada estado y que la constitución de un ejército

latinoamericano sería «una verdadera garantía para la nacionalidad latinoamericana ante el expansionismo yanqui» (Villanueva, 1988: 142-145). «También expondrá nuestro proyecto —añadía en ese comentario— la manera de que nuestra América racial pueda contar, para conseguir el ideal supremo de Bolívar, como expresa el señor Menéndez, con flotas de acorazados y de submarinos y de grandes cañones para sostener *la fuerza del derecho contra el derecho de la fuerza*» (Sandino, cit., por Villanueva, 1988: 145).

Por lo demás, al igual que muchos de sus soldados y oficiales, Sandino conocía ampliamente a Bolívar. A este conocimiento contribuyeron no sólo los intelectuales latinoamericanos vinculados a su causa desde el anterior, sino los miembros de la Legión Latinoamericana y especialmente dos: los colombianos Rubén Ardila Gómez y Alfonso Alexander Moncayo. Ambos, el primero de 1828 a 1929, y el segundo de 1930 a 1932, le referían pasajes desconocidos de la vida del Libertador, le transmitieron su culto (Calderón Ramírez, 1934: 99).

Miticidad

Otro elemento imprescindible de Sandino es su dimensión mítica, configurada por el guerrillero de nuestra América —con mucho ardor— a partir de una inagotable fuente discursiva: sus propios escritos que sumaron varios centenares. Así, desde el inicio de su gesta, o mejor de su gesto, emprendió una elaboración de la miticidad que iba a protagonizar y a constituir un principio identitario. La documentación es profusa al respecto y en toda ella se advierte un común denominador: la construcción de una bien perfilada y sostenida autoimagen. En definitiva, fue un excelente relacionista público de sí mismo.

A su primer manifiesto, suscrito en San Albino el 1 de julio de 1927, se remonta este proceso que le aseguraba un lugar en la historia; de manera que, a cuatro años y medio de su actuación bélica, el 9 de enero de 1930, evocaba: *Fue en el Mineral de San Albino, Nueva Segovia. Nicaragua, Centroamérica, cuando aún nadie sospechaba la sorpresa que Nicaragua proporcionaría al mundo, que marqué el derrotero de nuestra idealidad...* (Sandino, 1988: 297). No en vano, en su mensaje del 17 de julio del mismo año de 1927, había ordenado a su gente: *Desvanecer la idea de los que creen que somos bandoleros y no hombres de ideales*. Incluso es posible que dicha preocupación (ha señalado Eduardo Zepeda-Henríquez) tenga que ver algo con la conocida metamorfosis de su nombre (Augusto Calderón-Augusto C.-Augusto César), cuya eufonía quedó consagrada como un octosílabo: Augusto César Sandino, firma que dejó estampada en no pocos documentos.

Zepeda-Henríquez es más explícito: «el verdadero continente de Sandino era el de un auténtico personaje del campo nicaragüense, el de jefe rústico que traslucía vagos ideales, aunque su porte legendario fuese el de un hombre de acción épica sobre un pedestal de ideas universales» (Zepeda-Henríquez: 1987, 121). La verdad objetiva, sin embargo, apunta al mesianismo de un artesano calificado con experiencia en la industria petrolera de México, y una gran voluntad de superarse, dispuesto a no ser «ninguneado» por nadie y capaz de asumir un papel trascendente —traducido en acción rebelde y libertaria— que él mismo mitificaba.

En su ya referido texto del 9 de enero de 1930, escrito en Mérida, Yucatán, Sandino hablaba de las selvas segovianas que se habían «inmortalizado» al ser testigo «de la muerte de miles de piratas norteamericanos» —cuando no pasaron de 136 muer-

tos y no todos en combate—, dando *a nuestros pueblos hermanos la oportunidad de ver una vez más repetirse allí un gesto patriótico natural en nuestra raza*. Entonces remarcaba este obsesivo elemento de su discurso, y que sostenía su mito: que la lucha asumida por él era nacional y racial (la del choque del mestizo imbatible de nuestra América contra el intruso anglosajón), o más bien, *de todos los pueblos hijos de la España grande y venerable. Si los pueblos hermanos, los que están identificados por nuestro origen, no nos unimos en este momento, más tarde será inútil*. (Villanueva: 1988, 191). Igualmente, consideraba su misma resistencia en Nicaragua, desarrollaba su afán mitificador, una de las más grandes epopeyas de su historia que pondría al mundo en expectación.

No sólo elaboró su mito en vida hasta el grado de llegar a una autoconciencia de la inmolación cuando confesó a principios de 1933: *Soy fatalista y optimista. Nadie se muere el día antes. ¿Me asesinan? ¿Y qué? (...) No es fácil ser héroe para siempre y ser además símbolo. O sea que muerto también se contribuye, y quizás más* (Román: 1983, 180). También forjaron su miticidad los hombres que le seguían como a un cabecilla carismático, escritores y periodistas de dos continentes y poetas de lengua española, sobre todo los de su patria.

La mayoría de sus seguidores y soldados creían ciegamente que la vida de su conductor vivía en sus propias vidas, con esa actualidad operante del mito. Los corridos que componían y cantaban en las noches de vivac lo ejemplifican hasta más no poder. Para ellos, Sandino no podía ser menos que un «valiente general», cuyo destino les había trazado hasta las últimas consecuencias: «vencer o morir» o, más específicamente, llegaban a identificar la muerte con el triunfo final. Sin duda, casi todos ellos pudieron haber declarado lo que el general Francisco Estrada, su lugarteniente más notable, expresó al periodista mexicano José Navarro

el 29 de enero de 1930: *Con mi general Sandino voy a todas partes, inclusive a la muerte (Diario de Yucatán, 26 de noviembre, 1930)*. Y cumplió su palabra.

Como el propio Sandino lo señaló en 1930, el estadounidense Carleton Beals, algunas figuras políticas e intelectuales de América Latina y otras europeas contribuyeron a intensificar su mito. Declaró Sandino en una entrevista publicada el 29 de enero de ese año:

«El periodista Carleton Beals vivió por unos días en el campamento del Chipotón: tuvo oportunidad de presenciar el desarrollo de esta lucha cruenta en que estoy empeñado; comió carne de mula y frijoles a ración como nuestros soldados; se entrevistó con los oficiales norteamericanos prisioneros en mis cuarteles y personalmente en los momentos difíciles hasta su salida a Honduras... Froylán Turcios es un poeta: un hombre débil; no era capaz para esas cosas donde se necesitan hombres avezados a todas las contingencias. Se fue a París a editar libros. Ojalá que le vaya bien; él quiso ayudarme pero no alcanzó la talla. Le estoy agradecido por la campaña de prensa que hizo a mi favor, agradecimiento que alcanza máxima expresión en Henri Barbusse, a Manuel Ugarte, a Romain Roland, a Raúl Haya de la Torre, escritores de fama continental que me han estimulado con id brava labor periodística» (*Diario de Yucatán, 26 de noviembre, 1930*).

Pero fue la poesía la vía más explícita y transfiguradora de la mitificación de Sandino. Numerosos fueron los textos que realizaron esa función, por lo menos a partir de 1928. A mediados de ese año apareció en Managua una composición en octosílabo del versificador y folclorista nacional Anselmo Fletes Bolaños («¿Dónde está Sandino?»), en la que se burlaba de los interventores planteando su incapacidad de ubicar a Sandino:

Me pregunta doña Chepa
Dónde se encuentra Sandino,

Pues quiere ir a la Segovia
Bien segura en el camino...
A mister Pámbor, un macho,
Le pregunto en un esquino...
(Digo esquina): sábe you
Dóndig to rébell Sandino?

Mi no sabe, mi no entendo,
Dice, ¿you decir Sandíning?
¿Dónde estar? Pregunta, you
A mister Cámel Espining.

También de 1928 datan los versos del guatemalteco Guillermo F. Hall («Sandino»): *¿Es un loco? Tal vez. Mas cual Sandino, / en este Continente quedan pocos... / Ojalá que en suelo indolatino / hubiera, cual Sandino, muchos locos!*; un drama en tres actos y en verso, publicado en San Salvador por José Llerena («Las dos águilas»); los del panameño que firmaba con el seudónimo Adelio («A Sandino») y los de la niña ecuatoriana de 12 años Alida María Hidalgo («A Rubén y Sandino»), cuyo seudónimo era *Flor de Té*.

El más significativo poema, sin embargo, correspondió a un fragmento del “Canto a Costa Rica” (1930) de Salomón de la Selva, el cual vale la pena transcribir:

No fuera Nicaragua traicionada
por enconados odios fraticidas,
ni tiranuelo ruin, en maridaje
con extrañas legiones asesinas,
sembrara espanto y corrompiera al pueblo
y burlara el honor y la justicia.
Ni fuera soledad la de Sandino,
de la abyección de sus hermanos víctima:

Hombre sencillo que brotó del campo
como la caña que nos da la espiga
hombre como tus hombres,
sin alardes, de vana floración y sin espinas
y ante el peligro que a la raza arrolla
y ante el dolor que al continente hostiga,
cada hoja de su tallo se hizo espada
ante la iniquidad de la conquista...
Así surgió Sandino, maravilla
de cívica lealtad incorruptible:
en Roma fuera el vencedor de Aníbal;
suya es la espada de los Macabeos
que flamea entre sombras en la Biblia,
y la honda de David el pastorcito
con que al Goliat impúdico derriba:
Virgilio en él reconociera a Eneas
El que a cuestras se echó en la brasería
del santo hogar, y del troyano incendio
salvó cuanto la patria significa.
No de admirarlo dejes porque brilla
apagada su estrella: Si se apaga,
es quizá porque nace el nuevo día,
o noche eterna envolverá a la América
enferma de cegueras infinitas (De la Selva: 1930: 150).

Basta indicar, siguiendo a Claire Pailler, que en 32 endecasílabos Salomón despliega la trayectoria del héroe: «hombre sencillo», como todos los hombres, encarnación de una tierra («tus hombres»), hombre por antonomasia, hijo del hombre que trasciende al plan prodigioso («maravilla... incorruptible»), integrado a una dinastía de héroes históricos (Aníbal), pero también legen-

darios y sobrehumanos, ungidos por el favor divino (Macabeos, David), héroe fundador (Eneas), lucero del nuevo día —mito primordial (Pailler: 1989, 36).

Desde entonces, culminando —a mediados del siglo XX— en «Hora 0» de Ernesto Cardenal, la cantidad de material poético mitógeno con relación a Sandino ha sido incalculable. Pablo Antonio Cuadra, tanto en verso, desde 1930, como en prosa se lleva la palma en este aspecto (Arellano: 2001, 29-35). Incluso incidió en los textos de Carlos Fonseca Amador, quien según la francesa Pailler llegó a asimilar «al héroe-dios cristiano —aquel que funda la nueva creación por su sacrificio libremente consentido—» al referirse al año 1934 como el de la «crucifixión» de Sandino (Pailler, 1989: 32).

Conclusión

Sandino fue uno de los forjadores latinoamericanos del mundo moderno (Torres, 1961). Sus acciones militares le otorgaron fama, en particular la guerrilla que replanteó como forma de lucha, de la cual fue uno de sus creadores contemporáneos. Al respecto, no deja de ser significativo que oficialmente Estados Unidos haya reconocido sus derrotas durante el siglo XX: *Nicaragua 1933 y Vietnam 1967*; países y años que figuran en sus respectivas placas de bronce incrustadas en el lado izquierdo de la pared del salón histórico del Pentágono. En el lado derecho numerosas placas —de las mismas dimensiones— conmemoran las victorias (Zambrana, 2001: 241).

De ideas políticas y sociales eclécticas (cohesionadas por la filosofía austera racional de Joaquín Trincado), inscribió las motivaciones de su lucha en la tradición liberadora e identitaria de América Latina, remontada a Simón Bolívar. En este sentido, es

innegable su aporte a la construcción discursiva de «la América nuestra» —como decía Darío, uno de sus paradigmas, en su oda «A Roosevelt». O, mejor dicho, del «nosotros» latinoamericano, según lo planteó José Martí.

De ahí que en su principal escrito, «Plan para la realización del Supremo Sueño de Bolívar», haya incorporado a Haití a su proyecto de unidad continental antimperialista, en tanto que Haya de la Torre se limitaba a ser «indoamericano». Por eso el apólogo que escribió y dedicó Sandino a Gabriela Mistral, «La historia de Ran y Roff» (10 de marzo, 1929), fue dirigido «a los niños de América Latina, Continental y Antillana». No en vano su autor había leído y asimilado la obra del socialista español Luis Araquistain (1886-1959): *La agonía antillana / El imperialismo yanqui en el mar Caribe* (1928). Finalmente, otro pensador de la península —esta vez vasco, Ramón de Belausteguigoitia— le facilitó el libro *Reparto de tierras y problema nacional* (1933), que —lo reitero— inspiraría en Sandino su proyecto socioeconómico, de carácter utópico, o mejor dicho su reformismo agrosocial centrado en las cooperativas de Wiwilí que propiciaban la autogestión y la fraternidad.

Bibliografía

ALEMÁN BOLAÑOS, Gustavo. *Sandino el libertador*. México, Ediciones El Caribe, 1952.

ARELLANO, Jorge Eduardo. "Sandino y su maestro Joaquín Trincado". En *La Tribuna*, 27 de febrero, 1984.

———. "Bosquejo ideológico de Augusto C. Sandino". En *Cuadernos Hispanoamericanos*, N.º 424: 5-29, 1985.

———. "Sandino y su acción: una síntesis comprimida". En *El Nuevo Diario*, 17 de julio, sección editorial, 2010.

- BELAUSTEGUIGOITIA, Ramón. *Con Sandino en Nicaragua*. La hora de la paz. Madrid, Espasa Calpe, 1934.
- BUELA LAMAS, Alberto. *Pensadores nacionales iberoamericanos*. Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación, 1993.
- CALDERÓN RAMÍREZ, Salvador. *Últimos días de Sandino*. México, Ediciones Bontas, 1934.
- CAMPOS PONCE, Xavier. *Los yanquis y Sandino*. México, Editorial Xavier Campos Ponce, 1961.
- CUMMINS, Lejeune. *Sandino en burro*. Traducción de Luciano Cuadra. Managua: Nueva Nicaragua, 1983.
- DÍAZ LACAYO, Aldo. *Gobernantes de Nicaragua (1821-1856)*. Managua, Aldilá ed., 1983.
- GHIRALDO, Alberto. *Yanquilandia bárbara. La lucha contra el imperialismo*. Madrid, Historia Nueva, 1929.
- MACAULAY, Nell. *Sandino*. Traducción de Luciano Cuadra. San José, C. R., Editorial Universitaria Centroamericana, 1970.
- METCALE, Clyde H. *A history of the United States Marine Corps*. New York: Putnam's, 1939.
- PAILLER, Claire. *Mitos primordiales y poesía fundadora de la América Central*. París, Editions du Centre National de la Reserche Scientifique, 1989.
- PORTES GIL, Emilio. "Sandino visto por un presidente mexicano". *Revista Conservadora*, N.º. 22: 12-17, 1962.
- RAMA, Carlos M. *La imagen de los Estados Unidos en América Latina. De Simón Bolívar a Allende*. México, Secretaría de Educación Pública, 1975.
- ROMÁN, José. *Maldito país*. Edición definitiva. Managua, La Prensa, 1983.
- SACASA, Juan Bautista. *Cómo y por qué caí del poder*. León, s.d., 1946.
- SÁNCHEZ, Luis Alberto (1983): "Actualizando a Sandino". En *Visión*, 22 de agosto.
- _____. "Haya de la Torre". En *Opiniones*, N.º 15: 84, 1999.
- SANDINO, Augusto C. *Manifiesto a los pueblos de la Tierra y en particular al de Nicaragua*. Managua, Tipografía La Prensa, 1933.

- _____. *Escritos literarios y documentos desconocidos*. Presentación, recopilación y notas de Jorge Eduardo Arellano. Managua, Ministerio de Cultura, 1980.
- _____. *Pensamiento vivo*. Selección, prólogo, bibliografía y cronología: Sergio Ramírez. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.
- SELVA, Salomón de la. "La muerte de Sandino". En *Digesto Latinoamericano*, 26 de febrero, 1934.
- SELSER, Gregorio. *Sandino, general de hombres libres*. Tomos I y II: La Habana: Imprenta Nacional, 1960.
- _____. "Zeledón y Sandino". En *Boletín del Archivo General de la Nación*, N.º 4-5: 11-28, 1980.
- TORRES, Edelberto. "Augusto C. Sandino". En *Forjadores del mundo moderno* (ampliación). Tomo séptimo / 1881 a 1934. México, D.F.: Biografías Ganesa, 1961, pp. 245-256.
- TOYNBEE, Arnold. *México, Estados Unidos y Nicaragua / Sandino: Diógenes de América*. Managua, Aldilá editor, 2003.
- VILLANUEVA, Carlos. *Sandino en Yucatán. 1929-1930*. México D.F., Secretaría de Educación Pública, 1988.
- ZAMBRANA F., Armando. *Civiles y militares. 180 años en Nicaragua*. Managua, Pavsá, 2001.

Correspondencia

Jorge Eduardo Arellano

Miembro de la Academia Nicaragüense de la Lengua

Correo electrónico: capqqni@yahoo.com